

Primera edición en inglés, 1952
Primera edición en español, 1954
Primera reimpresión, 1974

572.330
H769a

ANTROPOLOGIA ECONOMICA

estudio de economía comparada

MELVILLE J. HERSKOVITS

Herskovits

1952

Traducción de
Carlos Silva

Título original:
Economic Anthropology.
A Study in Comparative Economics.

© 1952 Alfred A. Knopf, de Nueva York.

D. R. © 1954, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad, 975; México 12, D. F.

Impreso en México



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
México

1990

Q1990

II

ANTE LA MÁQUINA

I

AUNQUE EL HOMBRE habita la Tierra desde hace más de medio millón de años, la invención de la máquina de vapor, con la que se inicia la era del maquinismo, se produjo hace menos de doscientos años. En este breve período de tiempo, un instante en la vida de la raza humana, la máquina ha llegado a ocupar un lugar tan importante en la América y en la Europa de nuestros días que no resulta fácil para nosotros imaginarse una vida sin máquinas.

Sin embargo, para una gran parte de la humanidad la máquina significa muy poco, o no significa nada en absoluto. En la misma América y en Europa, donde la influencia de la tecnología mecanizada invade todas las fases de la vida, existen todavía remansos en los que los campesinos y las comunidades rurales llevan una vida relativamente poco afectada por la máquina. Pero más importantes son los millones y millones de gentes que siguen todavía pautas de vida totalmente diferentes de aquellas a que nosotros nos ajustamos y que, en las Américas, en los Mares del Sur, en Australia, Asia y África, satisfacen sus necesidades sin recurrir para ello a ninguno de esos complejos mecanismos que nosotros consideramos indispensables para nuestra vida.

A la mayor parte de estos pueblos se les suele aplicar el nombre de pueblos "primitivos". Trátase, con pocas excepciones, de pueblos que no han llegado a desarrollar un lenguaje escrito, lo que hace que la palabra "primitivos" se convierta en sinónimo de pueblos "no históricos" o "ágrafos". Sin embargo, debe darse preferencia a estos términos u otros semejantes, ya que no envuelven ningún sentido de inferioridad, simplicidad e ingenuidad como el que tara la denominación de pueblos "primitivos", oscureciendo así su significado.

Son tantas y tan grandes, sin embargo, las diferencias con que nos encontramos entre las sociedades ágrafas, que resulta extraordinariamente difícil caracterizarlas en términos generales. No hay ninguna institución que no acuse una escala amplísima de variaciones en sus manifestaciones "primitivas". Se ha convertido, por ello, en una verdad obvia la afirmación de que entre las sociedades "primitivas" y las ágrafas no media ninguna diferencia de género sino que todas las culturas que existen a lo largo del mundo representan simplemente desarrollos locales especializados, producto del proceso del desarrollo histórico que, como se ha señalado en el capítulo anterior, marca el pasado de cada una de ellas.

En estas circunstancias, puede considerarse útil, sin duda alguna, esbozar las características de las sociedades ágrafas que justifican el que les dediquemos un estudio especial. Consideraremos, en particular, los rasgos en que habremos de detenernos al comparar y contrastar estas economías con las de las culturas con escritura, mecanizadas.

Para comenzar, saltan a la vista las diferencias en cuanto al volumen de producción entre los grupos "primitivos" y los dotados de lenguaje escrito. No sólo en lo que se refiere a la densidad de población, sino también en cuanto al número de gentes que componen esas entidades sociales conscientes de sí mismas que suelen designarse con los nombres de "banda", "tribu" o "reino".

Otra diferencia que en seguida se advierte entre los grupos ágrafos y los dotados de escritura es la que se refiere al diverso grado de contacto por ellos mantenido con el mundo exterior. Los hombres de la tribu tienen usualmente "al alcance de la mano", como ha sido indicado, los recursos de que se valen para satisfacer sus necesidades. En las otras sociedades en cambio, "el mundo entero... contribuye a nuestras necesidades". Una complicada organización de los negocios hace esto posible, en marcado contraste con el sistema tan simple" de aquellos otros pueblos.¹ En el período pre-maquinista de Europa o en las culturas no mecanizadas, pero dotadas de escritura, del Asia, el grado de comunicación y la consiguiente anchura de horizontes de estos pueblos eran y son todavía hoy, en general, mayores que los de una tribu africana o los de una tribu india de Norteamérica o que los de los mismos habitantes de las islas de Polinesia, a pesar de lo mucho que éstos viajan.

Las sociedades dotadas de lenguaje escrito, como hemos visto, acusan también un grupo mayor de especialización del trabajo, una importancia mayor del mercado y un nivel medio de cambios —moneda—, como signo de valor para facilitar las operaciones mercantiles, y, como resultado de todo esto, una mayor complejidad económica que las comunidades ágrafas.²

Sin embargo, ha sido la máquina, con el alto desarrollo que ha llegado a adquirir en las culturas de Norteamérica y Europa, el factor más importante que ha venido a acentuar todas aquellas características de orden económico que han sido señaladas como distintivas entre la vida de los pueblos dotados de escritura y la de los pueblos ágrafos. La importancia de la máquina para la sociedad humana es, por tanto, muy grande en este tipo de culturas, acusándose por ello diferencias extraordinariamente marcadas entre estas culturas mecanizadas y todas las demás, especialmente las ágrafas. He aquí por qué debe subrayarse ya desde el primer momento el papel de la máquina como un factor fundamental en la diferenciación de la vida de estas sociedades con respecto a las nuestras.

¹ Gras (1922), 3-4.

² Cfr. Bruijnjs, 4 ss.

Caract.
1^o dif.
Volumen de Producción
econ. dif.
Ve en términos de productividad
30
Esp. del Trabajo
L^o
Lógica

AL ESTUDIAR la influencia que la máquina ejerce sobre nuestra vida no debemos perder de vista nunca los efectos que han tenido sobre algunas de las más importantes corrientes de nuestros días los perfeccionamientos tecnológicos que el desarrollo de la máquina lleva aparejados, el mayor grado de productividad que han permitido lograr y los cambios que han introducido en la esfera económica. Especialmente importante es el hecho de que las realizaciones conseguidas por medio de la máquina sean objetivamente demostrables, de donde se sigue que las ventajas técnicas y económicas es fácil, en la mayor parte de los casos, invocarse cuando se trata de evaluar las diferentes culturas. La filosofía mecanicista de nuestros días, cuando se la eleva en el terreno del método a una tradición de observación objetiva, contrasta fácilmente con los elementos místicos que se manifiestan en el orden tecnológico y económico de las sociedades ágrafas.

He aquí una de las principales razones que explican por qué la identificación de la palabra "primitivo" con el concepto de "inferior", en lo que se refiere al desarrollo social —o, a la inversa, el empleo de la palabra "civilizado" como sinónimo de "superior"—, ha adquirido tal fuerza de convicción y, expresada en el vocablo "progreso", ha calado tan hondo en nuestra manera de pensar.

Aquí reside la aparente ilustración del etnocentrismo, que tanto entorpece la apreciación de los valores de otras culturas que no sean la nuestra propia. Las descripciones de nuestros progresos técnicos y las múltiples relaciones de interdependencia de nuestra organización económica pueden servir, aparentemente, de punto de apoyo para demostrar el carácter más complejo de nuestra cultura al compararla con las de otros pueblos, especialmente las de los pueblos ágrafos.

Nada tiene de extraño que semejante demostración ejerza una sugestión tan grande sobre nosotros y que haya sido tan difícil desalojarla de la mente popular. Este punto de vista ha infundido su gran fuerza psicológica a los intentos hechos para establecer una línea de sucesión evolutiva de las civilizaciones humanas. No cabe duda de que, desde este punto de vista —aunque sólo desde él—, a los australianos se les puede considerar, incuestionablemente, como un pueblo más simple que los africanos, o que los africanos ocupan, como podría demostrarse, un nivel más bajo de cultura que las grandes acumulaciones que poblaban la América Central, México o Perú en los tiempos del descubrimiento de América; o que a éstos, a su vez, se les podría tener, sin miedo a suscitar contradicción, como muy desarrollados, pero menos que nosotros.

Del mismo modo, el concepto de progreso, tan profundamente arraigado en nuestros hábitos de pensamiento, ha derivado sus sanciones más importantes de los argumentos tomados del campo de la tecnología y la economía. No resulta difícil demostrar que un hombre, trabajando con una máquina, puede producir más, en el mismo tiempo y con el mismo desgaste de energía, que trabajando sólo con las manos. Lo que ya no resulta tan fácil de

probar es que un tipo de creencias religiosas sea más adecuado que otro o un tipo de organización familiar más efectivo que el siguiente. La sanción del juicio, en estos casos, tiene que basarse necesariamente en supuestos que escapan totalmente a la prueba objetiva. Incluso en las esferas económicas y tecnológicas, vemos que el argumento basado en el coeficiente relativo de la productividad no es en modo alguno evidente por sí mismo, cuando pasamos a analizar los fines últimos hacia los que esas actividades se encaminan, es decir, los valores que guían la vida de todos los días. Podríamos decir que, en todas las sociedades, el orden tecnológico y económico tiene que ser, por lo menos, lo bastante eficiente como para que permita sobrevivir. Concedido esto, sabemos lo bastante acerca de la psicología de la cultura para comprender que la satisfacción de las necesidades humanas no depende en modo alguno de la abundancia de bienes. El incremento de la producción no va siempre y necesariamente acompañado de la correspondiente eficiencia en cuanto a la efectiva distribución de lo que el sistema tecnológico es capaz de producir.

La máquina no proyecta su sombra sobre nuestro pensamiento sólo en nuestro modo de apreciar las sociedades. Ciertos conceptos relativos a la psicología de los pueblos ágrafos han sido influidos por esa fase de nuestra cultura que podemos incluir, en un sentido amplio, bajo el nombre de "ciencia". La tradición científica y el carácter de los problemas de que los científicos se ocupan requieren todos los esfuerzos imaginables para razonar de causa a efecto, para trabajar en condiciones de rígido control, eliminando todos los factores extraños que pueden influir sobre los resultados de un experimento cualquiera. No nos percatamos, sin embargo, de que esta técnica, propia del pensamiento científico, no caracteriza en modo alguno la forma de razonar de la mayor parte de las personas en nuestra sociedad, ni siquiera el de los mismos científicos en su vida diaria. Y, sin embargo, a pesar de ello, no cabe duda de que estos modos peculiares de pensar han hecho nacer un concepto, según el cual nuestra mentalidad difiere de la de los pueblos "primitivos", considerada como prelógica.³ Simplemente porque no tienen una tradición de razonamiento de causa a efecto, se los considera prisioneros de un complejo de "representaciones colectivas" en el que la relación mecánica entre las fuerzas operantes y sus resultados objetivos se pierde en una maraña de asociaciones místicas. Su vida, así concebida, discurre en un mundo en el que la realidad, tal como nosotros la conocemos, sólo constituye una parte de la experiencia válida.

No necesitamos detenernos a combatir a fondo esta posición, ya que ha sido refutada diferentes veces en obras escritas a base de experiencias de primera mano por quienes se han ocupado de estudiar las sociedades ágrafas.⁴ Lo que aquí nos interesa es destacar cómo una manera de pensar íntimamente asociada al proceso tecnológico básico de nuestra cultura puede llegar

³ La obra de L. Lévy-Bruhl (1923) es la que más ha influido en este sentido. Aunque su autor, antes de morir, modificó considerablemente su punto de vista originario, esta concepción sigue siendo sostenida todavía por muchos autores no antropólogos.

⁴ Driberg (1929), *passim*.

a racionalizarse como un hábito de pensamiento compartido, al parecer, por cuantos viven en este tipo de sociedad mecanizada, en contraste con los hábitos de cuantos no pertenecen a ella.

Podemos señalar aquí otro ejemplo de cuánto ha penetrado la influencia indirecta de la máquina, aunque algunas de las consecuencias que implica para nuestro tema hayan de ser tratadas por extenso en otro lugar de esta obra.⁵ Nos referimos a la teoría del determinismo económico. La creciente productividad de nuestra tecnología y la consiguiente complejidad de la organización económica se han traducido en la correspondiente intensificación de la interdependencia entre los individuos y las comunidades. Pero esta teoría, bajo la forma que actualmente presenta, se desarrolló precisamente cuando la revolución industrial llegó a su apogeo y los problemas económicos por ella planteados alcanzaron un grado de dificultad como tal vez no se había conocido nunca hasta entonces. Parece, por tanto, que debe existir una relación claramente discernible entre el punto de vista según el cual los fenómenos económicos son básicos para modelar otros aspectos de la vida y el período histórico durante el cual tuvo lugar el desarrollo de este concepto.

No cabe ninguna duda de que los factores económicos desempeñan un importante papel y ejercen una gran influencia sobre los aspectos no económicos de la cultura; pero ello no hace sino corroborar el hecho de que existe una íntima interdependencia entre todas las fases de la vida y que, a causa de ello, tienden a modificarse las unas a las otras. En este sentido, nuestra cultura no es la única en la que los factores económicos influyen de un modo preponderante sobre otras facetas de la cultura. No puede descartarse, sin embargo, el hecho histórico de que esta teoría apareció precisamente en un pueblo —el nuestro— cuya economía había llegado a ser más compleja que ninguna otra anteriormente conocida por el hombre y en el momento en que adquirieron una mayor seriedad los problemas planteados por el orden económico.

Debemos, por todo lo dicho, mantenernos en guardia contra una posición que no toma debidamente en cuenta más modos de vida que los nuestros propios o desdeña las fuerzas directrices que nosotros no consideramos como de primera magnitud. Y, sobre todo, debemos precavernos contra la tendencia a ver en todas las culturas de los pueblos ágrafos una masa amorfa, indiferenciada, que permanece en abierto contraste con nuestro propio cuerpo de tradiciones.

Este tipo de reservas debe mantenerse al reconocer que la máquina ha hecho posible para nosotros vivir en un tipo de sociedad que, en sus aspectos económicos, debe colocarse aparte de todas las demás, a causa de su complejidad. Sólo con estas reservas podremos establecer una base viable para el análisis de los problemas que vamos a estudiar en el presente libro. Podemos, por tanto, en estos términos, proceder a esbozar las más salientes de estas distinciones. Porque, aunque, en la mayor parte de los casos, veremos que entrañan más bien diferencias de grado que de género, deberemos ana-

⁵ V. *infra*, 434-440.

lizarlas de tal modo que no las perdamos de vista en nuestro estudio posterior, procurando llegar a comprender los procesos económicos empleados por las comunidades ágrafas.

3

NO HA SIDO aclarada todavía, en modo alguno, la relación que media entre la tecnología maquinista y la organización pecuniaria de nuestra economía. Y, sin embargo, no cabe ninguna duda de que esta relación ha hecho surgir ciertos tipos especiales de fenómenos económicos tales como el ciclo económico y el paro forzoso periódico que los progresos tecnológicos traen consigo. Estos fenómenos son el resultado directo del incremento de productividad introducido por las máquinas, unidos a un sistema en el que la venta de mercancías para obtener una ganancia, considerada como una técnica de acumulación de riqueza, se ha convertido en un fin más que en un medio de vida. Este complejo opera de tal modo que priva a muchas personas de la oportunidad de cubrir las necesidades primarias de la vida, por muy deseosos que estén de trabajar o por grande que sea su capacidad y su pericia en el trabajo.

Tales condiciones son desconocidas para el hombre ágrafo. Puede ocurrir que estos grupos se hallen en un nivel de vida muy poco distante del límite de la subsistencia física, en el que el margen entre la inanición y la subsistencia sea apenas perceptible. Sin embargo, en esta clase de sociedades rara vez se encuentra, si es que se encuentra alguna, el individuo que, como tal individuo, se ve reducido a tales apuros, que no tiene más remedio que resignarse a morir de hambre o entregarse a los expedientes creados para evitar que perezca ante los férreos dictados del sistema económico. En las sociedades que se desenvuelven sobre el margen mínimo de subsistencia lo normal es, al contrario, que cuando la sociedad no dispone de lo suficiente todos pasen hambre y que, a la inversa, cuando hay abundancia, todos participan de ella.

Lo cual no quiere decir que en las culturas en las que el margen de bienes disponibles es mayor que en las que viven sobre aquel bajo plano económico, se dé una distribución igual de los recursos de que se dispone. Prácticamente, todas las sociedades en las que se vive sobre un margen superior al de la estricta subsistencia conocen las diferencias de ricos y pobres, de dirigentes y dirigidos. Sin embargo, los fenómenos del ciclo económico, del desempleo tecnológico y de la desnutrición ocasionada por la imposibilidad de obtener medios de vida, no se registran ni siquiera en las sociedades de economías relativamente complejas, como, por ejemplo, las del África occidental y la Melanesia, en las que desempeñan cierto papel manifestaciones como las de comprar para revender con ganancia o la del alquiler del trabajo. Así, por ejemplo, la solidaridad de clan entre los bagandas del África oriental asegura la "inexistencia de una pobreza real"; aquí, "nadie conoce el hambre. . . , ya que todo el mundo es bien recibido cuando se sien-

ta a compartir la comida con sus iguales".⁶ Por otra parte, el mercado de trabajo, aunque en modo alguno falte totalmente entre los grupos ágrafos, nunca ocupa en ellos un lugar comparable al que representa dentro de nuestro propio orden económico.

Entre los pueblos ágrafos, encontramos condiciones en ciertos aspectos análogas al sistema económico de la Edad Media y de épocas anteriores. Como en la Europa premaquinista, el trabajador es por lo general propietario de los medios de producción y, en este sentido, dueño de su propio destino económico. Dicho de otro modo, el capitalismo, tal y como nosotros lo conocemos desde el advenimiento del maquinismo, es ajeno a las economías no maquinistas. Puede ocurrir que los bienes-capital se concentren en manos de ciertos individuos miembros de algunas comunidades de este tipo, pero ello sólo significa una cosa, y es que la diferencia entre estos sistemas y nuestra economía mecanizada es una diferencia de grado más que de género. En las sociedades ágrafas encontramos a veces hombres que controlan el trabajo de otros, en su totalidad, como ocurre bajo la institución de la esclavitud, o por períodos limitados de tiempo, bajo diversas formas de trabajo asalariado. Podemos encontrarlos, como en Samoa, con algo parecido a un cuerpo organizado de trabajadores que no vacilan en interrumpir el trabajo cuando lo consideran necesario para reforzar sus reivindicaciones y que conocen incluso el arma del sabotaje. Pero las reivindicaciones de que aquí se trata son más bien de prestigio que de subsistencia, ya que para ninguno de estos trabajadores es elemento esencial de vida el rendimiento del trabajo.⁷

Otra diferencia acusada entre las culturas maquinistas y las no mecanizadas es la que se refiere a su grado de especialización. En las segundas, como se ha visto, casi todo el mundo domina las técnicas esenciales para su propio sustento y el de quienes dependen de ellos. Hasta aquellos que se destacan especialmente por su pericia en construir canoas, en cazar, en tejer o en trabajar el hierro salen, ayudados por su familia, a los trabajos del campo o a cuidar los rebaños y se dedican, cuando es necesario, a construir casas, a fabricar los utensilios domésticos o a reparar los vestidos que el clima y la tradición imponen como una necesidad. Y, congruentemente, aunque algunas mujeres manejen mejor que otras el torno del alfarero o las varas para tejer cestas o muestren una pericia especial en otras actividades cualesquiera, todas saben atender por igual a las faenas domésticas y a los demás tipos de trabajo asignados a la mujer, según las pautas establecidas. Y, a la inversa, es muy raro, aun cuando ciertos individuos descuellan en ciertas habilidades, que éstas sean consideradas como exclusivas de ellos.

Así, entre los ifugaos de las Filipinas,

la división del trabajo apenas hace más que iniciarse. Algunos hombres son herreros muy calificados, pero casi todos saben algo de herrería. Algunos son verdaderos vir-

⁶ Roscoe, 12.

⁷ Hiroa (1930), 414-16.

tuos en la talla de madera, pero casi todos saben manejar la gubia. Casi la única división de trabajo que se conoce es la que existe entre hombres y mujeres.⁸

En Samoa,

la división del trabajo importante para el bienestar físico del pueblo es la que media entre los dos sexos. No hay ningún hombre que no sepa cómo construir una casa pequeña, cómo fabricar una canoa tosca, cómo hacer una copa de un coco o cómo tallar una tosca escudilla para los alimentos. Los carpinteros y los cordeleros son casi siempre especialistas, a quienes se recurre en ocasiones importantes. Pero la prosperidad de la familia depende exclusivamente de la división del trabajo entre hombres y mujeres que trabajan dentro de la casa y de su habilidad para desempeñar las faenas habituales, en las que se supone que cada individuo adulto es eficiente.⁹

Entre los hopis de Arizona,

las necesidades y los deseos comunes, bastante estandarizados, sencillos y fáciles de satisfacer, no requieren para satisfacerlos ningún grado de especialización... Es evidente que la división del trabajo es aquí, un régimen esencialmente convencional basado en la diferencia de los sexos y, en segundo término y más indefinidamente, en las diferencias de edad.¹⁰

En Haití,

la vida del campesino haitiano, aunque dura, es sencilla y frugal. Con pocas excepciones, atiende a todas sus necesidades, ya que domina casi todo el cuadro de técnicas conocidas de su cultura; de aquí que la economía haitiana muestre una falta de especialización que, en lo fundamental, es corregida sólo por la división del trabajo entre los sexos.¹¹

Los maoríes, nos dice, no empleaban

...ninguna intrincada división del trabajo, como la que encontramos en la estructura social tan compleja de las comunidades "civilizadas". El carácter bastante simple de las necesidades económicas no requería una gran diversidad de ocupaciones para satisfacerlas, y cada hombre estaba en condiciones de dominar algo más que los rudimentos de los principales oficios. Era rara, si no enteramente desconocida, la total absorción de la capacidad productiva del individuo por una industria o por un determinado proceso industrial. Pero, al mismo tiempo, no se registraba una ausencia total de la división del trabajo en una escala limitada, en lo tocante a la separación de actividades y a la de procesos.¹²

Ahora bien, en el Dahomey, cuya economía no maquinista se caracteriza por su complejidad, y donde existe una marcada especialización de oficios, "todo dahomeyano, cualquiera que sea su rango o el oficio que desempeñe, tiene que saber cultivar el suelo y posee sus propias tierras"¹³

Debemos admitir que todos los hombres y mujeres, en las sociedades no mecanizadas, pueden dominar las técnicas necesarias para obtener sus medios de vida y que, allí donde existen oficios especializados, quienes los ejercen no dependen nunca exclusivamente de lo que en ellos producen.

⁸ Barton (1922), 423.

¹⁰ Beaghehole (1937), 18.

¹² Raymond Firth (1929), 193-4.

⁹ Mead (1930 a), 66.

¹¹ Hershkovits (1937), 67.

¹³ Hershkovits (1932), 266.

Son, no cabe duda, diferencias bastante acusadas entre las economías ágrafas y las nuestras. Pero aún saltan más a la vista las consecuencias del hecho de que, entre los pueblos ágrafos, rara vez encontramos esas formas extremas de especialización que conocemos en nuestras sociedades y que hacen que el obrero se vea, con tanta frecuencia, limitado a operaciones de poca monta en el proceso de la producción. Se dan, en las sociedades no mecanizadas, casos de especialización dentro de una determinada industria, como acontece cuando un individuo revela una pericia especial para fabricar, por ejemplo, una parte concreta de una canoa. Pero, incluso en estos casos y casi sin excepción, tales operarios son miembros plenos de un grupo cooperativo más amplio, sin que encuentren psicológicamente la menor dificultad para identificarse con el producto acabado.

El tema de la psicología industrial es importante en cuanto a la efectividad de los recursos naturales necesarios para el tipo de producción en masa que ha llegado a desarrollarse en nuestra sociedad, toda vez que el grado de especialización característico de la organización de nuestras grandes industrias plantea ante nosotros serios problemas de ajuste individual. El obrero que se pasa toda la jornada de trabajo, un día y otro, poniendo un tornillo en el motor de un automóvil que probablemente no verá nunca y con el que no puede en modo alguno identificarse, o el que, en la cadena de montaje, hace el mismo corte en cada una de las piezas que, en interminable procesión, desfilan ante él, no cabe duda de que se ve privado de algo profundamente arraigado en la psique humana.

Basta indicar esto para comprender por qué los problemas de esta clase han sido considerados como un tema de estudio tan importante. Veblen lo expresa del modo siguiente:

La parte que el operario desempeña en la industria mecánica es, típicamente, la de un auxiliar, la de un peón, cuyo deber se reduce a ponerse a tono con el funcionamiento de la máquina y a complementarla con manipulaciones mecánicas, allí donde el mecanismo de la máquina resulta incompleto. El trabajo del operario, en vez de servir de la máquina, se convierte en una pieza de ella. Es el proceso maquinista el que hace uso del obrero.¹⁴

En el proceso inconsciente de la identificación con los productos de su trabajo, el trabajador encuentra una satisfacción infinita cuando, al final del día, de la semana o del año, puede presentar algo de lo que se siente orgulloso, algo que él ha creado o ha contribuido a crear y que considera, en todo o en parte, como obra suya. Es precisamente la satisfacción que no conoce la mayor parte de los obreros que trabajan en las faenas especializadas de una sociedad industrial.

Sapir, desarrollando su idea de "la bondad de la cultura", considera tan importante este factor de la especialización que puede emplearse, a su juicio, como criterio para dividir las culturas en las que él llama culturas "auténticas" y las que califica de culturas "espurias":

¹⁴ Veblen (1918), 306-7.

La gran falacia cultural del industrialismo, tal cómo ha venido desarrollándose hasta hoy, consiste en que, montando máquinas para nuestro uso, no ha sabido cómo impedir el que la mayor parte de la humanidad sea montada para sus máquinas. La telefonista que supedita sus capacidades, durante la mayor parte del día, a la manipulación de una rutina técnica que sin duda representa un alto valor de eficiencia, pero que no responde en lo más mínimo a sus propias necesidades espirituales, constituye un espantoso holocausto a la civilización... El indio norteamericano que resuelve el problema económico con su arpón para salmones y su trampa para conejos opera sobre un nivel relativamente bajo... pero representa una solución incomparablemente más alta que nuestra telefonista a los problemas que la cultura plantea a la economía.¹⁵

No necesitamos, sin embargo, establecer un sistema comparado de valores entre diversos modos de vida para reconocer que, desde el punto de vista de una vida completa, las pautas de producción en las sociedades no mecanizadas ofrecen muchas más satisfacciones a los individuos encuadrados en el proceso industrial que las de las sociedades maquinistas. No encontraríamos mejor ilustración de este punto que la siguiente descripción del tipo de trabajo de los andamanes y de las tendencias en que se inspiran sus esfuerzos:

En la manufactura de sus armas, utensilios y otros artículos... invierten... hora tras hora, trabajando laboriosamente el hierro para modelar sus lanzas o sus flechas, para mejorar la curva de un arco, etc., aunque no exista ninguna necesidad inmediata o en perspectiva que estimule a realizar tales esfuerzos. El incentivo es, evidentemente, un espíritu de emulación, por virtud del cual cada uno se siente orgulloso de poder producir herramientas que superen, o por lo menos iguallen, a las de sus vecinos.¹⁶

Esto se observa también, a veces, en las ocupaciones elegidas por ciertos pueblos nativos que se hallan en contacto con el sistema económico mundial. Así, por ejemplo, se nos dice de los pescadores malayos de Kelantán:

La opinión popular se inclina a considerar a los malayos, en comparación con los indios y los chinos que comparten su tierra nativa, como indolentes, imprevisores y carentes de perspectiva o de habilidad para trabajar y ahorrar... Se tiene por indolente al malayo porque se niega a realizar largas y fatigosas faenas en las plantaciones de caucho, lejos de su familia y en condiciones que los chinos y los indios aceptarían de buena gana para ganar el mismo salario. Pero nadie que haya tenido ocasión de observar la larga, no pocas veces fría, agotadora y deprimente labor de los pescadores de las costas orientales pondrá en duda que el malayo es capaz de desarrollar un trabajo sostenido, experto y enérgico. Lo que ocurre es que necesita interesarse por su faena, factor que la organización industrial moderna sacrifica a la apatencia de un alto nivel de vida.¹⁷

No cabe duda de que los recursos que el individuo, en una sociedad no mecanizada, aporta a su tarea son casi siempre mayores y más variados, desde el punto de la actividad productiva, que cuando se ve encuadrado en la intensa especialización impuesta por la tecnología del maquinismo. Lo que en la terminología del arte se ha llamado el impulso del virtuosismo encuentra amplio margen allí donde cada paso dado en el proceso de producción reside en las manos del productor, desde la preparación de la materia prima hasta el acabado final del producto, expuesto a la admiración de los compañeros de trabajo de quien lo elabora.

¹⁵ Sapir, 308, 316.

¹⁷ Rosemary Firth, 113.

¹⁶ Man, 26.

Otra distinción que media entre las sociedades mecanizadas y las no mecanizadas es la que se refiere al desarrollo de la tradición de empresa, tal como nosotros la conocemos. Como veremos en las páginas siguientes, ningún grupo humano, hasta hoy, se ha bastado por entero a sí mismo, y existen buenas razones para creer que el comercio existió ya en tiempos prehistóricos muy tempranos. Allí donde la organización tribal se ha desarrollado sobre la localización de los recursos naturales, las necesidades que un pueblo tiene de bienes que él mismo no puede producir por falta de materias primas esenciales le mueve a desplazarse en busca de lo que desea y necesita, y una gran parte de su propia actividad productiva se destina a desarrollar su propia especialidad con destino al mismo mercado. Un fenómeno comparable a éste lo encontramos en ciertas economías tribales donde los productores de objetos de hierro, por ejemplo, en la medida en que consagran su tiempo a este trabajo, tienen que cambiar sus productos por los alimentos, utensilios u objetos no útiles que necesitan o apetecen, si quieren conseguirlos. En algunas sociedades ágrafas donde el comercio es una ocupación admitida y donde, como ocurre en el África occidental, se comercia a base de moneda más que de trueque, es bien conocida la actividad de comprar para revender con ganancia o la manufactura de productos destinados en primer término al mercado. Tanto en Melanesia como en el África oriental, en Norte y en Suramérica, encontramos culturas en las que el comerciante desempeña como intermediario un papel importante en la circulación de mercancías entre diversas tribus. Sin embargo, la importancia de estos aspectos del comercio dentro de la vida económica de tales pueblos no pueden compararse ni de lejos a la que los negocios desempeñan en nuestra propia economía.

Aunque la puja entre comerciantes para aumentar sus ganancias es en las sociedades no industriales una característica evidente de sus operaciones, a veces este elemento parece faltar allí donde el uso tradicional se encarga de fijar los valores, expresados por los bienes que se cambian por medio del trueque. Sin embargo, en los grupos ágrafos las transacciones comerciales no acusan nunca esa cualidad impersonal, que es una de las características más salientes de nuestro sistema económico. Es bien sabido que cuando un no europeo tiene que tratar con un europeo algún asunto comercial ambas partes contratantes suelen sentirse irritadas a causa de las diferentes tradiciones mercantiles de una y otra. No pocas veces, los que viven en sociedades no mecanizadas regatean para obtener mejores condiciones en el intercambio de bienes, simplemente por el gusto de engañar al adversario o de demostrar su ingenio.

Las sociedades ágrafas difieren también de las nuestras por la importancia puramente relativa que dan a los patrones pecuniarios de evaluación. Entre nosotros, estos patrones asumen una importancia tan grande, que los valores concretados en dinero no sólo dictan nuestros juicios económicos sino que tienden incluso a invadir las evaluaciones hechas en todas las demás fases de nuestra cultura. Ello ha conducido a que el dinero, por su propia virtud, acabe ocupando un lugar completamente aparte de la función

que le corresponde como el común denominador del mercado. No es fácil para nosotros, en la realidad de los hechos, pensar en fines no expresados como valores monetarios, aunque se trate de asuntos de arte, de religión o de relaciones familiares. El empleo usual y corriente de frases como "tener un corazón de oro" y otras por el estilo indican hasta qué punto nuestro lenguaje diario, como el de todos los pueblos, refleja nuestro patrón de valores, no simplemente en un sentido económico, sino en una acepción mucho más amplia, ya que las tales frases se aplican a juicios de orden moral y personal del carácter más amplio.

Pues bien, este tipo de evaluación es muy raro en las sociedades ágrafas. Lo encontramos notablemente en Melanesia y en el noroeste de los Estados Unidos, donde los signos externos de la riqueza son psicológicamente tan importantes como entre nosotros. Sin embargo, en general, hay que decir que son muchos más los grupos de esta clase donde los bienes, sin hablar de las personas, no se cifran en dinero que aquéllos en los que ocurre lo contrario. Conocemos muchos ejemplos de objetos apetecidos por un comprador y que son rehusados a pesar de las fabulosas ofertas de quienes desean comprarlos; fabulosos, queremos decir, en relación con los valores manejados por la gente entre la que vive el poseedor del objeto deseado. Y es un signo más revelador de nuestra propia psicología que de la de aquellos contra los que se suele formular el cargo de irresponsabilidad económica, el hecho de que se les acuse con frecuencia, en los informes sobre los contactos entre los nativos y los europeos, de la tendencia de aquellos pueblos a aceptar bagatelas tales como cuentas de cristal a cambio de objetos a los que nosotros atribuimos el más alto valor, por ejemplo, adornos de oro o piedras preciosas. Ello sólo quiere decir, en realidad, que, en tales casos, los patrones de valor aplicados por ellos difieren de los nuestros.

Uno de los rasgos de la naturaleza humana más extendidos y que se manifiesta bajo los más diversos tipos del orden social es la apetencia de prestigio. Como veremos, en la mayor parte de las sociedades que viven por encima del nivel de la estricta subsistencia existe una relación íntima entre el prestigio y el manejo de los recursos económicos. El grado en que quienes viven bajo el régimen del maquinismo dependen de otros con respecto a gran parte de las necesidades de la vida, lo mismo las materiales que las psíquicas, y la extensión en que ha sido necesario traducir la experiencia a términos de unidades monetarias de las que tanto dependemos en cuanto a los bienes y servicios que consideramos esenciales o apetecibles, demuestra las consecuencias económicas a que conduce la especialización extrema. El dinero asume aquí una importancia totalmente desproporcionada con sus manifestaciones en otras culturas y en otros tiempos.

Es un lugar común decir que la Europa de la Edad Media aplicaba criterios muy distintos de los nuestros para evaluar sus satisfacciones y sus normas. Pero esto no es más que un modo de recordarnos que el prestigio y el poder que éste lleva aparejado puede y debe ser obtenido, en la mayor parte de las sociedades, por la primacía alcanzada en otros campos que el de la acumulación de la riqueza o, lo que es lo mismo, que las recompensas

obtenidas por realizaciones descollantes pueden concebirse bajo aspectos distintos del dinero.

No cabe duda de que hay que ser muy prudente, cuando se trata de llegar a conclusiones de este tipo. En algunos grupos ágrafos, especialmente allí donde prevalece una economía monetaria, nos encontramos con motivaciones muy semejantes a las que se descubren en las comunidades que viven bajo tecnologías mecanizadas. Por otra parte, no debemos olvidar que hay en nuestras culturas muchas personas que no se hallan dominadas por el ideal pecuniario, por lo menos en la extensión con que esto ocurre en las más de las gentes. No obstante y aun admitiendo que se dan excepciones, tanto en las sociedades ágrafas como en las nuestras, no hay más remedio que registrar las grandes diferencias que se advierten entre las culturas dominadas por la máquina y las ajenas al maquinismo, en su actitud característica ante el dinero.

4

UNA ÚLTIMA distinción entre sociedades mecanizadas y no mecanizadas es la que guarda relación con el empleo de recursos económicos para hacer frente a actividades que nada tienen que ver con el sustento. Gracias a la mayor capacidad de producción, los bienes disponibles bajo una tecnología maquinista y que permiten relevar una parte de las energías del hombre de las tareas directas encaminadas a producir lo necesario para el sustento, son más abundantes en nuestras culturas que en otro tipo de sociedades. La conversión de estos recursos en lo que hemos dado en llamar ocios sociales es de la mayor importancia para poder comprender algunos de los aspectos de la organización de las sociedades humanas, dondequiera que ellos se encuentren y cualquiera que sea su complejidad. Este punto lo desarrollaremos extensamente en uno de los últimos capítulos de la presente obra.¹⁸ Aquí nos limitaremos a considerar sólo la fase en el desarrollo de la concepción mecanicista de la vida que acompañó al advenimiento y al desarrollo de una tecnología mecánica y que encuentra su más característica expresión en la tradición científica.

Desde los comienzos de la revolución industrial ha ido creciendo el volumen de recursos económicos destinados a sostener las investigaciones científicas del mundo en que vivimos. Y esto, a su vez, ha contribuido de tal modo a incrementar la eficiencia de los procesos de producción que desde entonces se ha dispuesto de muchos más bienes de consumo y de capital. Pero se trata de una relación de interdependencia, lo que ha permitido un margen cada vez mayor de ocio social, que, a su vez, ha hecho posible la investigación de un número sin cesar creciente de problemas.

Es cierto que la ciencia no ha comenzado con la era del maquinismo, y basta fijarse, para comprenderlo, en la historia de la física y las matemáticas. La medicina, una de las disciplinas científicas que más han florecido bajo nuestra cultura, tiene también una historia muy anterior a la aparición de

la máquina. Los que se dedican a velar por la vida humana y a aliviar los sufrimientos del hombre, ya sea mediante la práctica de la medicina científica o como curanderos mágicos, han sido considerados en todas las sociedades como dignos de ser sostenidos con los bienes de sustento producidos por quienes, potencialmente al menos, necesitan en todo momento de estos especialistas.

Por lo que se refiere a la ciencia en general, es evidente, sin embargo, que, al existir, con el advenimiento de la máquina, más bienes que consumir, se ha dispuesto de mayor ocio social para permitir a los científicos entregarse de lleno a sus investigaciones. La creciente eficiencia de los procesos productivos como resultado de la aplicación a la industria de los descubrimientos realizados en los campos de las ciencias exactas y mecánicas es verdaderamente impresionante. En materias como las de la vivienda y cuanto con ella se relaciona, la cantidad y variedad de alimentos, los recursos sanitarios o los medios de prolongar la vida humana, las facilidades y oportunidades recreadoras de que disponemos para conocer el mundo en que vivimos, etc., los elementos de que se dispone en las sociedades maquinistas no pueden compararse ni de lejos con los que existen donde la tecnología no permite una producción equivalente de bienes materiales.

No es nuestra intención, ni mucho menos, sugerir con lo que dejamos dicho que la tecnología maquinista, por sí misma, permita a las sociedades en que se desarrolla vivir bajo condiciones óptimas, como tampoco debe pensarse que aquellas sociedades en las que el hombre vivió o vive en lo que a veces se llama estado de naturaleza —es decir, en las culturas no mecanizadas— representen una especie de edad de oro.

Lo que queremos decir es que los desarrollos verdaderamente admirables de la ciencia y la multiplicación de los recursos, junto a otros aspectos menos plausibles de la vida que se dan bajo el mismo tipo de sociedad, son concomitantes de la tecnología maquinista, en contraste con otras. En las culturas no mecanizadas, la vida, aunque más pausada, tiene que estar constantemente más pendiente de las exigencias del medio natural y se halla, no pocas veces, atormentada por el miedo de no poder sobrevivir. Esto explica tal vez por qué la más convincente exposición de los valores de nuestra cultura a los ojos de los pueblos nativos es la que se refiere a su nivel tecnológico y científico; y por esto es también por lo que nos inclinamos con tanta frecuencia a insistir en que nuestro modo de vida es el mejor.

Otro punto que debemos esclarecer antes de proceder a una exposición de los datos descriptivos de los aspectos económicos de las sociedades ágrafas de que hemos de ocuparnos en los capítulos sucesivos, es el siguiente. La división del trabajo establecida en el campo intelectual hace que quienes se dedican a investigar las culturas ágrafas hayan mantenido poco contacto con los estudiosos especializados en el estudio de los aspectos económicos de la vida, al paso que quienes se consagran a investigar nuestra organización económica se ven tan absorbidos por los problemas de nuestro complejo orden industrial que no vuelven la vista casi nunca a otras culturas buscando en ellas materiales relevantes sobre los que puedan proyectar sus generalizaciones. Para los problemas tratados en este libro, tiene una importancia

¹⁸ V. cap. XVIII.

verdaderamente crucial el hecho de que no se haya establecido todavía una disciplina del tipo de la que Gras esboza bajo el nombre de "antropología económica".¹⁹ De aquí que, dándonos cuenta de esta importancia a que nos referimos, hayamos de beneficiarnos, mediante una más clara visión, con la utilidad de los materiales que aquí tenemos que manejar.

III

ANTROPOLOGÍA Y ECONOMÍA

I

PARA COMPRENDER por qué no han existido, hasta ahora, más contactos entre la antropología y la economía debemos fijarnos, antes de nada, en los materiales que fundamentalmente maneja cada una de estas dos disciplinas. La economía toma sus datos, no sólo de nuestra propia cultura, sino, además, excepto en lo que se refiere a la historia económica, de esta cultura tal y como hoy existe.¹ La antropología, en cambio, al clasificar los pueblos del mundo ágrafo, nos suministra materiales que guardan relación con todas las fases de la actividad social en toda clase de civilizaciones. En lo que se refiere a la vida económica de estos pueblos, es lógico que los tales datos no se acomoden fácilmente a las tradiciones de procedimiento basadas en el estudio intensivo de las pautas económicas de una sola cultura. Sin embargo, ya lo hemos dicho, los contornos generales de todas las civilizaciones humanas son los mismos. La unidad de los datos, en lo que atañe al problema de la economía, saltará a la vista en cuanto reconozcamos que entre la mayor parte de nuestras instituciones económicas y las de otros pueblos existe más una diferencia de grado que de género.

Hay, aparte de ésta, otras razones que explican por qué los economistas, hasta ahora, se han interesado poco por los trabajos realizados en el campo de la antropología, y viceversa. Una de ellas la ponen de relieve las circunstancias históricas en que se han desarrollado las ciencias sociales. Otra emana de la psicología propia de quienes han participado de este desarrollo. Por último, hay que tener en cuenta, para comprender esto, ciertas consideraciones de orden puramente práctico que han intervenido en el régimen de división del trabajo entre las disciplinas interesadas por los varios aspectos del estudio de las sociedades humanas. Entre todas estas razones, las fundamentales son, no cabe duda, las psicológicas y las de orden práctico. Ellas nos explican el por qué del hecho histórico de que, en el estudio del hombre, nos hayamos inclinado, lógicamente, a abordar los problemas que tenemos más cerca de nosotros y reclaman una solución, problemas que son, por ello mismo, más obvios y más apremiantes y, al mismo tiempo, desde el punto de vista práctico, mucho más asequibles que los que tenemos que ir a buscar a los más remotos rincones de la Tierra.²

Razones
del poco
contacto

¹ Cfr. Gras (1927), 11-12.

² "Aparte de las teorías medievales, las más importantes teorías económicas modernas han surgido de violentas discusiones en torno a los méritos de políticas económicas rivales." Bonn (1931), 333.

La expansión de Europa en los siglos XVI a XIX hizo que se estableciesen y se multiplicasen incesantemente los contactos con los pueblos nativos, como resultado de las empresas basadas en la trata de esclavos y en el comercio, de las misiones evangelizadoras y de la creciente política de colonización por parte de las naciones europeas. Los relatos descriptivos de las culturas tribales con las que se establecían estos contactos atraía, a veces, la atención de las personas interesadas en la naturaleza, los mecanismos y el desarrollo de la civilización humana.

No hace falta seguir aquí el desarrollo de este interés hasta que de él fué surgiendo la ciencia de la antropología. Bastará con que señalemos que, aunque para el estudio de las sociedades nativas fuese esencial tratar de todas las fases de la vida al describir las civilizaciones estudiadas, la obra de estos investigadores convirtiéndose, desde un punto de vista, en una obra tan especializada como la de cualquier otro hombre de ciencia. Nos referimos al método que el antropólogo tenía que desarrollar y poner en práctica para reunir e interpretar sus datos, pese a la variedad de éstos.

El problema del método va convirtiéndose, ampliamente, en un problema de técnica, en una técnica que permite al investigador reconocer, seleccionar y analizar modos de pensamiento y de conducta considerados como establecidos y sancionados cuando se estudian las instituciones de la sociedad en que uno vive. El hombre de ciencia que analiza su propio orden económico, su propia vida política, su propia organización familiar, su propio arte o su propia literatura tiende necesariamente a aceptar como algo dado la matriz cultural en la que aparecen enquistados sus datos, y ello hace que no sienta la necesidad de someter esta aceptación a un análisis serio.

Esto puede ser un inconveniente, especialmente cuando se trata de llegar a generalizaciones de validez cultural cruzada, pero representa también una desventaja para quienes estudian una fase determinada de su propia cultura. El que se dedica a estudiar las sociedades ágrafas, libre de este inconveniente, necesita, en cambio, antes de nada, establecer la naturaleza y las sanciones básicas de las instituciones con que se encuentra en los grupos étnicos por él estudiados. Tal es el hecho que, planteando al antropólogo su más apremiante exigencia, le obliga a desarrollar un método especializado.³

Gracias a sus métodos, los antropólogos han podido suministrarnos un acervo verdaderamente impresionante de datos e informes en que ponen de relieve la conducta, las tradiciones y las costumbres de pueblos cuyas culturas difieren marcadamente no sólo de la nuestra, sino también, en diversos grados, las unas de las otras. Se comprende que le sea imposible a cualquier etnólogo de campo, que nos suministra o aspire a suministrarnos los datos primarios relativos a aquellas culturas, llegar a especializarse en el estudio de todos y cada uno de los aspectos de la cultura que tiene que tocar, dándonos una descripción completa de la vida observada en un grupo étnico

³ En Forde (1937), 30-1, se contiene una síntesis muy vívida de los problemas metodológicos que se plantean en el estudio de la posesión y el uso de la tierra en una comunidad ágrafa específica. Para el examen general del método de la especialidad antropológica, v. Herskovits, *El Hombre y sus Obras*, ed. Fondo de Cultura Económica, 1952, cap. vi, "El laboratorio del etnógrafo", pp. 94-109.

específico. Quienes se dedican a estudiar la economía, la política, el arte, la literatura o la religión pueden, naturalmente, desarrollar teorías en las que brillan esas cualidades de penetración y profundidad que sólo pueden emanar del contacto sostenido con los datos referentes a un campo de estudio restringido y de larga preocupación por ellos. Pero quienes desarrollan teorías de esta clase tropiezan, en cambio, con la dificultad de someter la validez de sus conclusiones a una prueba científica, aplicándolas a civilizaciones que difieren totalmente de las nuestras, por su pasado histórico, las condiciones de su medio y su equipo tecnológico.

Esto explica por qué la especialización metodológica del antropólogo le permite reunir datos valiosos para quienes circunscriben su atención a ciertos campos específicos de la actividad humana en determinadas culturas estudiadas por separado. Y, habiendo comprendido esto, habremos dado también un paso importante hacia el establecimiento de las bases necesarias para un mayor grado de colaboración y de ayuda mutua entre economistas y antropólogos.

Veamos, a este fin, hasta qué punto los resultados de la especialización en cada uno de los dos campos han impedido o entorpecido, hasta ahora, un grado eficiente de cooperación entre ellos. Veamos qué clase de datos tenemos ahora a nuestra disposición y cuáles han de ponerse de relieve, para que los descubrimientos de los antropólogos en lo tocante a la variedad de procesos e instituciones económicas que se manifiestan a lo largo del mundo sean útiles a quienes manejan técnicas y problemas que circunscriben las investigaciones a los aspectos económicos de nuestra propia civilización.⁴

2

EN SU MAYOR parte, las definiciones tradicionales de los economistas acerca de su área de intereses referían el tema de la economía al "estudio de las causas del bienestar material". Tal vez se deba a ello el que los antropólogos hayan tendido a perder de vista cuán profundamente relacionado se halla el modo moderno de abordar el tema con el problema de la opción, con "la relación entre los fines y los escasos medios susceptibles de usos alternativos",⁵ relación que ha servido de base a nuestro estudio del proceso del economizar, en el primer capítulo de esta obra.

Como allí hemos señalado, esto entraña un proceso universal en todas las sociedades humanas, cuyo objetivo es elevar al máximo las satisfacciones. Este proceso varía con el grado de productividad y los cánones que tradicionalmente aconsejan la deseabilidad, en consonancia con los bienes o el tiempo disponibles. En este punto, debemos volver de nuevo sobre el hecho

⁴ Tomamos los datos, los métodos y la teoría de la ciencia económica tal y como los encontramos, sin sugerir la más leve crítica de la obra realizada por los economistas en su propio campo. Citaremos, sin embargo, en los lugares oportunos ciertos comentarios afines a las tesis estudiadas, formuladas por los economistas mismos.

⁵ Robbins, 4, 16.

de que los datos en que los teóricos de la economía han basado sus definiciones y principios pertenecen a una determinada cultura, que es la nuestra. Lo que significa que, desde el punto de vista del estudio comparado de la cultura, las "leyes" derivadas de estos datos son el equivalente de un promedio estadístico basado en un caso concreto.

Así lo han reconocido en una medida cada vez mayor los economistas que han visto y expuesto este problema de diversos modos. Así, por ejemplo, Papandreou adopta la siguiente posición: "No basta con postular la norma racional. Debemos apelar, además, a los sistemas de valores que son 'idealmente típicos' en la cultura analizada." Para decirlo con sus propias palabras: "El solo intento del análisis económico de construir una teoría de validez universal, rehuendo todas y cada una de las apelaciones psicológicas y sociológicas, nos hace marchar por la senda de especulaciones carentes de sentido. La única salida a este atolladero, el único camino para llegar a una ciencia dotada de relieve empírico es hacer aquellas apelaciones. Esto reducirá, no cabe duda, la universalidad de la proposición, pero a cambio de ello le dará mayor sentido." En suma, "debemos sustraernos nosotros mismos a las trabas del universalismo económico y experimentar con una construcción menos general, pero con frecuencia más útil".⁶

Creemos oportuno comenzar nuestro examen de las consecuencias que encierra para el antropólogo el particularismo cultural que hasta ahora ha caracterizado la economía, fijándonos en la definición del tema dada por Alfred Marshall y que su autor ha reafirmado de diversas maneras. Dicha definición se expresa, ante todo, en los siguientes términos familiares: "La economía política es el estudio de la humanidad en cuanto a los negocios ordinarios de la vida; examina la parte de la acción individual y social que guarda una relación más estrecha con la obtención y el uso de los requisitos materiales del bienestar." Y unas cuantas páginas más adelante, leemos: "La economía es el estudio de los hombres tal como viven, se mueven y piensan en los negocios ordinarios de la vida. Pero recae principalmente sobre aquellos motivos que afectan más poderosa y constantemente a la conducta del hombre en cuanto al asunto de la vida." No cabe duda de que estas definiciones son lo suficientemente amplias para abarcar fácilmente la organización económica de toda sociedad.

Sin embargo, conforme avanzamos en la lectura del libro de Marshall vemos que la promesa de amplitud contenida en aquellas definiciones no se mantiene, ni mucho menos. Pronto nos damos cuenta de que "el negocio ordinario de la vida" se reduce, esencialmente, al estudio del fenómeno del precio y a sus ramificaciones en las actividades del mercado, en cuanto éstas atañen a las motivaciones que se esconden detrás de la producción, la distribución y el cambio de bienes y servicios.

En una palabra, Marshall se circunscribe en todo menos en su definición precisamente a los aspectos de nuestro sistema económico que será difícil que encontremos en otras sociedades fuera de la nuestra. Se nos dice, por ejemplo, que la contribución de la ciencia económica a la comprensión

de los aspectos económicos de la vida social deriva su valor específico de la precisión que pueda lograr al analizar sus datos: "Los problemas agrupados como económicos, por referirse especialmente a la conducta del hombre bajo la influencia de motivos susceptibles de expresarse en un precio monetario, forman un grupo bastante homogéneo." Y en otro lugar: "Las leyes económicas o las comprobaciones de tendencias económicas son las leyes sociales que se refieren a ramas de conducta en las que la fuerza de los motivos que principalmente intervienen puede medirse por medio de un precio en dinero."⁷

Esta tradición del análisis económico, en el que las motivaciones, los procesos y las instituciones económicas se estudian midiéndolas por medio de los fenómenos del precio, ha seguido dominando el pensamiento económico, cualquiera que sea el punto de vista adoptado. Para demostrarlo, podríamos citar cualquiera de las obras tomadas del campo de la teoría económica.

J. M. Keynes, por ejemplo, considera los elementos que han de reputarse como dados, las variables independientes y dependientes en lo que, de un modo muy significativo para el punto que aquí se estudia, llama "el sistema económico."

Tomamos como dadas la destreza y la cantidad de trabajo disponible existente, la calidad y cantidad existente de equipo disponible, la técnica existente, el grado de competencia, los gustos y hábitos del consumidor, la desutilidad de diferentes intensidades del trabajo y de las actividades de inspección y organización, así como la estructura social, además de las variables indicadas más abajo y que determinan la distribución de la renta nacional.

No cabe duda de que la mayor parte de estos elementos "dados" pueden determinarse con respecto a toda economía, sea o no pecuniaria, siempre que se den las adecuadas oportunidades de investigación y una razonable flexibilidad de interpretación en cuanto a los términos empleados para designarlos. Sin embargo, la cosa no es tan clara cuando nos fijamos en las estipulaciones ulteriores de este autor, en las que dice: "Nuestras variables independientes son, en primer lugar, la propensión al consumo, el coeficiente de eficacia marginal del capital y de la cuota de interés... Nuestras variables dependientes son el volumen del empleo y la riqueza nacional (o dividiendo nacional), medidos en unidades de peso."⁸

¿Cómo pueden estudiarse estas variables en economías que no conocen el sistema de precios, en las que el empresario sólo existe por definición y en las que el empleo y el desempleo son sólo temporales, según las épocas del año, se hallan regulados por la tradición social y no son el resultado de la competencia en torno al trabajo en el mercado de la mano de obra?

Las dificultades de esto podemos verlas, por ejemplo, en los intentos hechos para llegar a establecer la "balanza económica" de la cultura nupe, en el África occidental. A pesar de que este pueblo tiene y ha tenido durante

⁷ Marshall, 2, 14, 27, 33; v. también las series de los "principales problemas hacia los que se orientan los economistas", pp. 40-1.

⁸ Keynes (1939), 245.

varias generaciones una economía pecuniaria, vemos que los resultados obtenidos acusan poco más que una serie de presupuestos familiares con sus correspondientes entradas y salidas y un sentido del poder de las motivaciones basadas en el prestigio, junto a la tendencia al sustento, como los fundamentos de su sistema económico.⁹

Podemos citar también, como interesante para nuestros efectos, el comentario que hace a la conocida proposición de Keynes sobre el ahorro el conocedor de otra economía nativa, no pecuniaria: "Su definición del 'ahorro' —nos dice, refiriéndose a la del citado economista— "está calcada sobre la conducta de los individuos en una sociedad en la que funciona el mecanismo de los precios. Sus términos son inaplicables allí donde no existe ningún punto de equilibrio de precios sobre el que puedan basarse las transacciones".¹⁰

El concepto del equilibrio económico, prominente en los autores de economía de las varias escuelas, puede examinarse también desde el punto de vista de su aplicabilidad a las economías diferentes de la nuestra. No existe, evidentemente, ninguna razón para que no puedan estudiarse en cualquier sociedad los tres grupos siguientes de datos, que debemos conocer antes de abordar el problema del equilibrio:

(1) los obstáculos externos que se oponen a la producción de medios para satisfacer las necesidades; (2) la naturaleza de las necesidades y los recursos de los organismos de que se trata; (3) el principio del equilibrio, considerado como la elevación al máximo de la utilidad o de las 'ventajas'."

Estos factores, nos dice Bouldings, conducen a "las determinantes últimas... de las leyes físicas de la producción, tal como se expresan en las funciones de la producción física, y a las leyes psicológicas de la conducta, expresadas en el sistema de las curvas de indiferencia".¹¹

Sin embargo, el tipo de sistema económico cerrado que este autor enfoca como el "estado estacionario" o su condición de "equilibrio económico", aun siendo conceptualmente aplicable a las economías que aquí nos interesan, se describen en términos de interés, precio, capital y de la operación de empresas, y plantean, por tanto, serios problemas cuando se utiliza estos conceptos al margen de los sistemas económicos de las sociedades no ágrafas e industrializadas de Europa y América.

Es evidente por sí mismo que todo sistema económico funcionando tiene que encontrarse en un estado de equilibrio, en el más amplio sentido de la palabra. Queremos decir con ello que el volumen total de gastos de todo tipo de bienes y servicios económicos, más el total de los "ahorros" que puedan hacerse bajo la forma de capitalización o de riqueza, tiene que ser igual al total de los ingresos.¹² Cuando esto no ocurre, como en las áreas

⁹ Nadel (1942), 335-65.

¹⁰ Raymond Firth (1939), 23. En este punto de la obra de Firth, la nota de pie de página se refiere a Keynes, *op. cit.*, 64, 220, 373.

¹¹ Boulding, 767.

¹² En este sentido de la palabra aparece concebido el capítulo de la obra de Goodfellow titulado "El equilibrio económico y los primitivos" (72-84). Este autor se preocupa esencialmente de establecer: 1) el hecho de actividades orientadas hacia un propósito entre los 'bantus'; 2) que los valores se derivan de la asignación de recursos para satisfacer diferentes necesidades.

desarrolladas en las que la productividad económica es saqueada en beneficio de los inversionistas extranjeros, sin que la sociedad nativa productora encuentre la compensación adecuada, se produce un mal funcionamiento, con resultados que han sido puestos bien de relieve en los diferentes estudios sobre estas situaciones especiales.

Pero el equilibrio económico sólo guarda una relación indirecta con el fenómeno de la balanza económica, en este sentido amplio y general. El problema de cómo los valores emanan de las fluctuaciones de la oferta y la demanda, en su carácter esencialmente matemático, requiere el índice cuantitativo del valor contenido en los precios, tal como se manifiesta en el mercado, para hacer posible su análisis. Más todavía, y precisamente en una economía basada en los precios, hay que partir de toda una serie de supuestos, antes de dar comienzo a dicho análisis. Hicks, explicando cómo funciona el sistema del equilibrio general, dice lo siguiente:

Las leyes que rigen el cambio del sistema de los precios, como las que gobiernan el cambio de la demanda individual, tienen que derivarse de condiciones de estabilidad. Examinamos primeramente las condiciones que han de darse para que sea estable un sistema de equilibrio dado; sentamos después el supuesto de la regularidad, según el cual serán estables también las posiciones que rodean a la posición del equilibrio; de aquí deducimos las reglas acerca del modo en que el sistema de precios reaccionará a los cambios operados en los gustos y en los recursos.

Son también éstos problemas que podemos abordar, evidentemente, en las economías no pecuniarias, siempre y cuando que contemos con tiempo y oportunidades de investigación, aunque su estudio no resulte fácil. No sería posible, sin embargo, indudablemente, realizar este estudio en los términos de clarificación metodológica exigidos en el párrafo siguiente:

Para que el equilibrio sea estable, es necesario que el menor movimiento que tienda a alterarlo provoque las fuerzas encaminadas a restaurar el equilibrio. Ello quiere decir que el alza de precios por encima del nivel de equilibrio debe provocar las fuerzas que tiendan a producir una baja de precios, lo que implica, bajo una competencia perfecta, que el alza de los precios haga que la oferta supere a la demanda. La condición de la estabilidad es que un alza de los precios haga que la oferta sea mayor que la demanda y que una baja de los precios haga crecer la demanda por encima de la oferta.¹³

Es evidente que la situación contemplada en este modo de abordar el problema —y en los estudios acerca de la estática y la dinámica económicas en la determinación del equilibrio, que de ella se derivan— deja poco margen para el análisis de las economías que no giren en la órbita del sistema de empresa, en las que una simple tecnología se encarga de fijar el máximo de productividad, en las que la demanda es restringida y en las que el valor, sea un valor monetario o expresado solamente en términos de productos de consumo, se determina por la tradición y no por las fluctuaciones del mercado. No creemos que pueda aclararse mejor lo que aquí se examina que citando el comentario de Schumpeter al planteamiento keynesiano:

¹³ Hicks, 62.

Lo que más admiro en éste y en otros conceptos de Keynes es su *adecuación*; se ajustan a su propósito como un traje bien cortado al cuerpo de quien lo viste. Claro está que, a cambio de ello y precisamente por ello, sólo poseen una utilidad limitada... Un cuchillo para fruta es un instrumento excelente para mondar una pera. Quien lo emplee para atacar un bisté no tiene que culparse más que a sí mismo de los resultados poco satisfactorios obtenidos en la operación.¹⁴

Este modo restringido de abordar el problema caracteriza también los estudios de Carlos Marx. También aquí nos encontramos con un intrincado análisis económico basado casi totalmente en datos tomados de nuestra propia sociedad, que versan sobre problemas ajenos al complejo desarrollo del sistema económico especial que emerge de la invención y el desarrollo de la máquina. Lo mismo que en Marshall, el sistema que contemplamos en un aspecto tras otro se basa en nuestra propia economía, en los problemas planteados por el dinero, limitado por definición al oro y la plata, excluyendo con ello la aplicación del término a cualquiera de los numerosos tipos de signos que, como veremos, se emplean para expresar el valor en las sociedades ágrafas.

3

Otros economistas, particularmente Thorstein Veblen, se fijan más que el grupo neoclásico o el grupo marxista en los problemas económicos susceptibles de investigación a la luz de las sociedades no maquinistas y no pecuniarias. Pero debemos hacer notar de pasada que los problemas que han suscitado el interés de los autores que siguen a Veblen sólo ligeramente tocan las materias que se hallan en la base misma de la teoría económica, tal como la tratan de ordinario las obras de la mayor parte de los economistas. Y precisamente los seguidores de Veblen, en el desarrollo adquirido por sus obras, tienden a circunscribir su campo de intereses a los problemas y materias específicamente relacionados con nuestro orden económico. Como ilustración de esto que decimos podemos citar la obra de C. Wesley Mitchell sobre el ciclo económico. Con toda su brillantez en el modo de abordar el problema y la profundidad con que lo trata, hay que reconocer que sus investigaciones no son sino un estudio intensivo de la fase de nuestra economía que más que ninguna otra se halla ausente de los sistemas económicos ajenos al nuestro.

Ayres, el neovebleniano que mejor ha retenido, tal vez, el punto de vista de lo que podemos llamar institucionalismo clásico, continúa, en teoría al menos, la tradición de reconocer la utilidad de los términos de referencia culturales cruzados. Pero en la práctica, la cosa varía; en su obra encontramos un mínimo de documentación complementaria de los argumentos históricos, psicológicos y filosóficos por él empleados para desarrollar sus hipótesis. Y esto que decimos es especialmente cierto, por ejemplo, en su modo de tratar los problemas del precio, del valor y de la tecnología. Sus apelaciones a los conceptos y los datos de la corriente histórica concreta

¹⁴ Schumpeter, 97.

de la cultura europeo-americana hace que sus conclusiones sean, no pocas veces, muy vulnerables desde el punto de vista del análisis cultural cruzado.¹⁵

Un ejemplo más marcado de cómo los neoinstitucionalistas se abstienen de beneficiarse con los datos culturales cruzados lo tenemos en el estudio de la economía institucionalista hecho por Gams. Al igual que Ayres, aunque desde un punto de vista más crítico, Gams toma la doctrina de Veblen como punto de partida. Pero en su obra echamos completamente de menos las referencias a los "habitantes de las islas de la Polinesia", "los andamanes", a "los todas" y a "las comunidades de los indios pueblos" que, en las primeras páginas del libro de Veblen, establecen las pautas de todo su sistema y suministran datos que forman el fondo sobre el cual se proyecta implícitamente su argumentación en torno a ciertos aspectos de nuestra propia economía.¹⁶ Gams parece percatarse de la importancia fundamentalmente disciplinaria de la ciencia económica, y no cabe duda de que los argumentos tomados de la psicología que intenta aplicar a los problemas por él estudiados constituyen interesantes contribuciones. Pero, entre las cuestiones que este autor tropieza con dificultades para resolver, encontramos algunas que, evidentemente, resultarían mucho menos difíciles si, junto a los hechos psicológicos e históricos, se recurriera, para plantearlas y resolverlas, a los datos culturales cruzados.

Fijémonos, por ejemplo, en el siguiente pasaje:

La palabra "racional" ha sido asociada durante tantos siglos a un concepto falso, que podemos propiamente descartarla como carente de todo sentido útil. Mientras no surjan nuevos conceptos para definir la conducta económica, no avanzaremos gran cosa hablando de ellos como racionales o irracionales o como dotados unas veces de la primera cualidad y otras veces de la segunda.¹⁷

Sin embargo, la definición cultural de la racionalidad, tal como ha sido desarrollada en el capítulo primero de esta obra, indica que el problema de la conducta racional, si se lo aborda desde un punto de vista relativo no tiene por qué arrastrarnos a esa actitud de desesperación que saca solamente una conclusión negativa acerca de un problema tan importante como éste.

No obstante, Gams toca al corazón mismo del problema de la economía institucional, cuando escribe:

Diría que el escaso desarrollo de la teoría institucional es el resultado... de la extraordinaria dificultad con que tropieza incluso la más fuerte propensión humana para trascender de la configuración (*Gestalt*) en que ella misma se encuentra encerrada. Dicho en otras palabras, el "instinto de la curiosidad indolente", aunque a veces sea lo bastante apto y lo bastante fuerte para escapar del medio que la rodea, se ve normalmente atado por las instituciones dentro de las cuales opera.¹⁸

Gams se limita, sin embargo, a enunciar las dificultades con que tropieza el estudioso, a la vista de su propia experiencia endocultural, para extender su análisis más allá de los límites de esta misma experiencia. Pero

¹⁵ Ayres (1944), *passim*, pero especialmente caps. II, IV, VI y X.

¹⁶ Veblen (1915), cap. I. (*Teoría de la Clase ociosa*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1944.)

¹⁷ Gams, 51. ¹⁸ *Ibid.*, pp. 87-8.

la extensión de esta experiencia, por los conocimientos adquiridos de primera mano o por referencia a la bibliografía etnográfica, a las culturas de otras sociedades, no es difícil y nos abre el camino por el cual las instituciones económicas —partiendo de la realidad de su estado presente, tal como se le describe— pueden llegar a “trascender de configuración” en que las encontramos. Basta, para ello, con recordar que existen diferentes “confirmaciones”, cada una de las cuales no es sino el resultado en que se pone de relieve, bajo una forma institucionalizada, el proceso universal que opera en todas las culturas.

La reacción del antropólogo al planteamiento del problema será siempre la misma, ya se lo aborde a través de las motivaciones pecuniarias que llevan a los hombres a pugnar por el mejoramiento económico o a través de los procesos del mercado concebidos en los términos de la oferta y la demanda, tal como se reflejan en la estructura de los precios, lo mismo si el modo de abordar el problema guarda relación con la productividad del trabajo y su rendimiento que si se refiere a la descripción y el análisis de nuestras instituciones económicas. La conclusión a que necesariamente llegará el antropólogo es la de que estos problemas se hallan de tal modo ajustados a un cuerpo concreto de tradición, que su investigación entre pueblos ágrafos sólo puede conducir a resultados de carácter general, cuando los resultados a que se llegue por este camino no deban descartarse de antemano como puramente negativos.

Algunos economistas, al igual que ciertos antropólogos, han llegado, en efecto, a esta conclusión. Así, vemos que un crítico no convencional redefine la economía como “la ciencia de la conducta humana en una economía de cambio basada sobre la libertad de contratación y sobre el derecho de propiedad, es decir, de un tipo aproximado al que nos es familiar en la Europa occidental o en la Norteamérica de nuestros días”.

La amplitud de la definición de Marshall se comenta aquí casi en el mismo sentido en que más arriba lo hemos hecho nosotros desde el punto de vista antropológico, haciendo ver que ni Marshall ni sus continuadores se han ocupado más que en una pequeña parte del panorama de fenómenos implícito en aquella definición. Su obra, señala el autor a que nos referimos, ha consistido o bien “en la formación de un cuerpo de leyes o proposiciones económicas que se refieren estrictamente a procesos mercantiles de uno u otro tipo”, o bien “en una masa de ‘estudios realistas’ o ‘institucionales’ que hacen pasar por economía (si es que realmente pueden hacerse pasar por tal) simplemente porque las especiales instituciones o actividades de que tratan han tenido cierta importancia para determinar el fondo concreto sobre el cual han operado de hecho las leyes del mercado en determinados tiempos o lugares”.¹⁹

El hecho de que la atención de los economistas se haya concentrado de un modo tan exclusivo precisamente sobre estos aspectos de nuestra economía que menos encontramos entre los pueblos nativos, ha contribuido también a sembrar la confusión entre los antropólogos que volvían la vista hacia

los tratados de economía para esclarecer los problemas y los métodos adecuados al estudio de los sistemas económicos de las sociedades ágrafas.²⁰

4

OTRA RAZÓN que explica por qué las obras de los economistas no han atraído, hasta ahora, el interés de los antropólogos, es la siguiente. En ninguno de los tratados convencionales de teoría económica se pinta al hombre “primitivo” de un modo que se halle en consonancia con los hechos de las sociedades ágrafas; tal como los antropólogos los conocen, o a tono con la teoría antropológica sobre la interdependencia entre el hombre, el medio y sus tradiciones. Hay que reconocer en toda justicia que, desde los primeros días de la historia de la economía, los economistas, tal vez desanimados por la inmensidad de la tarea de descubrir por sí mismos la verdadera imagen de la vida “primitiva”, dejaron al hombre “primitivo” en la soledad más espantosa, volviéndole la espalda. Las referencias a ciertas hipotéticas tribus moradoras de una isla y que empleaban conchas en función de dinero han sobrevivido, ciertamente, hasta nuestros días, por lo menos en las discusiones de clase de una prestigiosa institución de enseñanza, donde se ha emprendido una investigación igualmente hipotética encaminada a estudiar los efectos de las conchas, consideradas como bienes libres, digámoslo así, sobre el valor de una moneda inexistente.

Hay, sin embargo, algunos ejemplos de casos en que los estudiosos de la teoría económica no han vuelto completamente la espalda al hombre nativo. Considerada desde el punto de vista antropológico, la descripción de la vida primitiva por Bücher y su escuela es un ejemplo bien característico de los estudios que caen dentro de esta categoría. Estos autores desconocían de tal modo hasta los hechos más elementales de las culturas “primitivas”,²¹ que sus análisis movía a risa a los antropólogos, cuando no llevaban al resultado, mucho más lamentable, de inculcar en ellos la convicción de que era baldío todo intento de abordar el estudio de la vida económica “primitiva” desde el punto de vista de la teoría económica. En efecto, ¿qué era sino caricaturizar la realidad conocida por el antropólogo, hasta el más ayuno de conocimientos económicos, el empeñarse en pintar al hombre “primitivo” como un ser enteramente individualista y asocial, movido solamente por el instinto animal de encontrar alimento, carente de toda estabilidad, de toda previsión y de todo concepto del valor?

Bücher, mientras vituperaba todo intento encaminado a “ejemplificar el estado primitivo (es decir, prehistórico o el más remoto) del hombre por un

²⁰ Para un estudio de las deficiencias a que conduce la falta de conocimiento de la obra realizada en el campo de los demás, por los economistas y los antropólogos, en lo tocante al dinero, v. Einzig, cap. 2, 19-25.

²¹ La simple lectura de los informes de los viajeros de que se disponía en aquel tiempo habría podido demostrar, por ejemplo, la insostenibilidad de afirmaciones como ésta: “En todos los pueblos primitivos vemos que los niños se emancipan en seguida y abandonan la sociedad de sus padres” Bücher, 37.

pueblo definido", sostenía que "era más probable poder llegar a resultados científicos intentando reunir las características comunes de los seres humanos colocados en el más bajo nivel... para trazar una pintura de los orígenes de la vida económica y de la formación de la sociedad".²²

Semejante modo de abordar el problema desmiente las exigencias del método antropológico más elemental. La antropología ha abandonado toda investigación de los "orígenes" a partir del momento en que se ha reconocido que, salvo allí donde las excavaciones ponen al descubierto los materiales arqueológicos necesarios, no es posible llegar a establecer científicamente los comienzos de ninguna fase de la actividad humana. Suponiendo que los antropólogos hayan aceptado alguna vez la tesis de que puede obtenerse una pintura generalizada de la vida "primitiva" abstrayendo el común denominador de todas las culturas "primitivas" existentes en la actualidad, como lo sugería Bücher, esta idea ha sido rechazada por ellos desde hace mucho tiempo. Las posiciones de Bücher y de quienes llegaron a compartir sus ideas²³ han sido ya suficientemente refutadas para que nos entretengamos aquí en repetir críticas archisabidas. Sin embargo, no podemos por menos de tomar en consideración, por lo menos hasta cierto punto y de un modo formal, algunas obras que entran dentro de esta categoría, si queremos comprender por qué los antropólogos se inclinaban a hacer caso omiso o poco menos de las indicaciones de los economistas acerca de la vida "primitiva".

El concepto de la evolución social, tal como se desarrolló en las últimas décadas del siglo XIX,²⁴ contribuyó a oscurecer todavía más el pensamiento de los teóricos de la economía, aunque no de todos los historiadores económicos, ciertamente. Es notable, en este sentido, la crítica que de Bücher hace Usher: "La historia social no comienza donde comienza la vida social... A pesar de la brillantez de la obra de Bücher y de la sagacidad de su sentido del desarrollo histórico, constantemente se pone de manifiesto ante nosotros que no acertaba a librarse de la tendencia a describir la aurora de la historia como si se tratase de los orígenes de la vida social organizada."²⁵

Es bastante posible trazar, como se ha hecho, la "evolución" de las técnicas industriales de la cultura europea desde los rudimentos de sus comienzos prehistóricos hasta sus complejas formas actuales.²⁶ Pero éste no es el punto de vista ni el método con que abordan el problema los primeros evolucionistas ni los neoevolucionistas de nuestros días, a juicio de los cuales los pueblos primitivos podían considerarse, por decirlo así, como nuestros

²² Bücher, cap. I.

²³ La más generalizada crítica del modo cómo aborda Bücher la economía de los pueblos ágrafos y de su idea de la importancia de estos datos para los problemas económicos, se contiene en la obra de Leroy, *passim*.

²⁴ La obra más reciente de este tipo, una verdadera curiosidad en su aceptación no crítica de una descripción pseudoevolucionista del presunto "desarrollo" de la vida económica, es el libro de Viljoen. A pesar de haberse publicado en 1936, cuando ya habían sido puestas de manifiesto las falacias de su posición, el autor persiste en considerar los pueblos "primitivos" existentes como antepasados contemporáneos, por así decirlo, de los pueblos más desarrollados, presentando sus costumbres como el eslabón final de una cadena de datos prehistóricos.

²⁵ Usher (1920), 24.

²⁶ Dixon y Eberhart, 50-66, 80-106.

"antepasados contemporáneos", lo que permitiría descubrir las "más tempranas" manifestaciones de nuestras propias tradiciones sin más que estudiar sus costumbres.²⁷

Tanto este punto de vista como este método se resisten a darse por vencidos, ya que aun allí donde no funcionan de un modo marcado, tienden a desviar de una manera sutil el modo básico de abordar el problema. Esto se ve de un modo sencillo cuando se emplea la expresión, "anteriores al uso de la escritura" en vez de "ágrafos", al referirse a los pueblos "primitivos" o cuando ciertos autores, al describir las sociedades ágrafas, emplean el tiempo pasado en su referencia a instituciones que florecen hoy en todo su vigor. Y, aunque bajo una forma tenue o modificada, lo vemos también en las elaboradas series del desarrollo histórico de los diferentes tipos de economía establecidas por Thurnwald.²⁸ Aparece presente, asimismo, bajo una forma menos adulterada en un estudio anterior sobre la psicología de la propiedad escrito por Beaglehole, donde el criterio a que nos referimos se expresa en la siguiente serie evolutiva: "la propiedad entre animales; la propiedad entre gentes primitivas; la propiedad entre los niños de pueblos civilizados".²⁹ Y lo encontramos, igualmente, en el modo cómo Schmidt, Koppers y los miembros de la "escuela" histórico-cultural de antropología construyen los datos económicos en un molde hecho a base de la progresión hipotética de los tipos culturales, partiendo del supuesto de la existencia de "capas" de cultura como resultado del intercambio de "estratos históricos" reconstruidos.³⁰ Y es también un vestigio del punto de vista de la evolución el que lleva a Hoyt a buscar los datos de las sociedades "primitivas" para descubrir los "orígenes" del comercio y del concepto del valor³¹ y el que hace que algunos autores coloquen en la historia de la economía el análisis de las economías ágrafas, delante del estudio de las casas solariegas medievales y del sistema de los gremios, buscando también en esto una sucesión cronológica.³²

No cabe duda de que Marshall, Marx y Veblen, por grandes que sean las diferencias que en general se aprecian entre sus respectivos puntos de vista, se hallaban fuertemente influidos por el criterio evolucionista. Los tres economistas abordan el problema desde un punto de vista que constituye, sin duda alguna, el más importante factor concreto que se interpone en el camino de un empleo adecuado de los datos de las sociedades "primitivas", por los economistas como un medio de ensanchar los conceptos y contrastar las generalizaciones.

5

POR SU PARTE, los antiguos antropólogos se muestran extraordinariamente reacios a reconocer y tratar los hechos económicos fundamentales en sus

²⁷ La mejor exposición del modo neoevolucionista de abordar el problema, en lo tocante al desarrollo de la tecnología y la economía, es la de Childe (1946 a). Su defensa del método de los "antepasados contemporáneos", la encontramos en otra obra del mismo autor (1946 b).

²⁸ Thurnwald (1932 b), 59 ff.

²⁹ Beaglehole (1932), 22-3.

³¹ Hoyt (1926), 6-11.

³⁰ Koppers; W. Schmidt.

³² Cfr. Gras (1922) y Weber.

de informes concretos acerca de los cambios efectuados en determinadas expediciones comerciales, de descripciones relativas a la moneda y a la función de los signos monetarios o de sistemas detallados acerca del valor, expresado por estas unidades de dinero.

El hecho de que no dispongamos de más análisis cuantitativos, tan importantes siempre en el estudio de los problemas económicos se debe, tal vez, a las dificultades prácticas de método con que tropiezan quienes tratan de reunir materiales de esta clase. Pero también en este punto han comenzado a marchar las cosas, y en las siguientes páginas aportaremos, siempre que ello sea posible, datos de esta naturaleza, ya que debemos reconocer que estos materiales cuantitativos dan vida a la discusión de cualquiera de las fases de la vida económica en una cultura cualquiera, de un modo que no guarda la menor proporción con la extensión que adopten. No cabe duda de que es un signo favorable el hecho de que, a pesar de las dificultades metodológicas —tan fundamentales, que afectan a la respuesta que haya de darse al problema de determinar una unidad estable en que puedan expresarse las cifras—, los antropólogos interesados por la vida económica de los pueblos que estudian han acabado por reconocer la importancia de este tipo de materiales.

Parte Segunda

PRODUCCIÓN